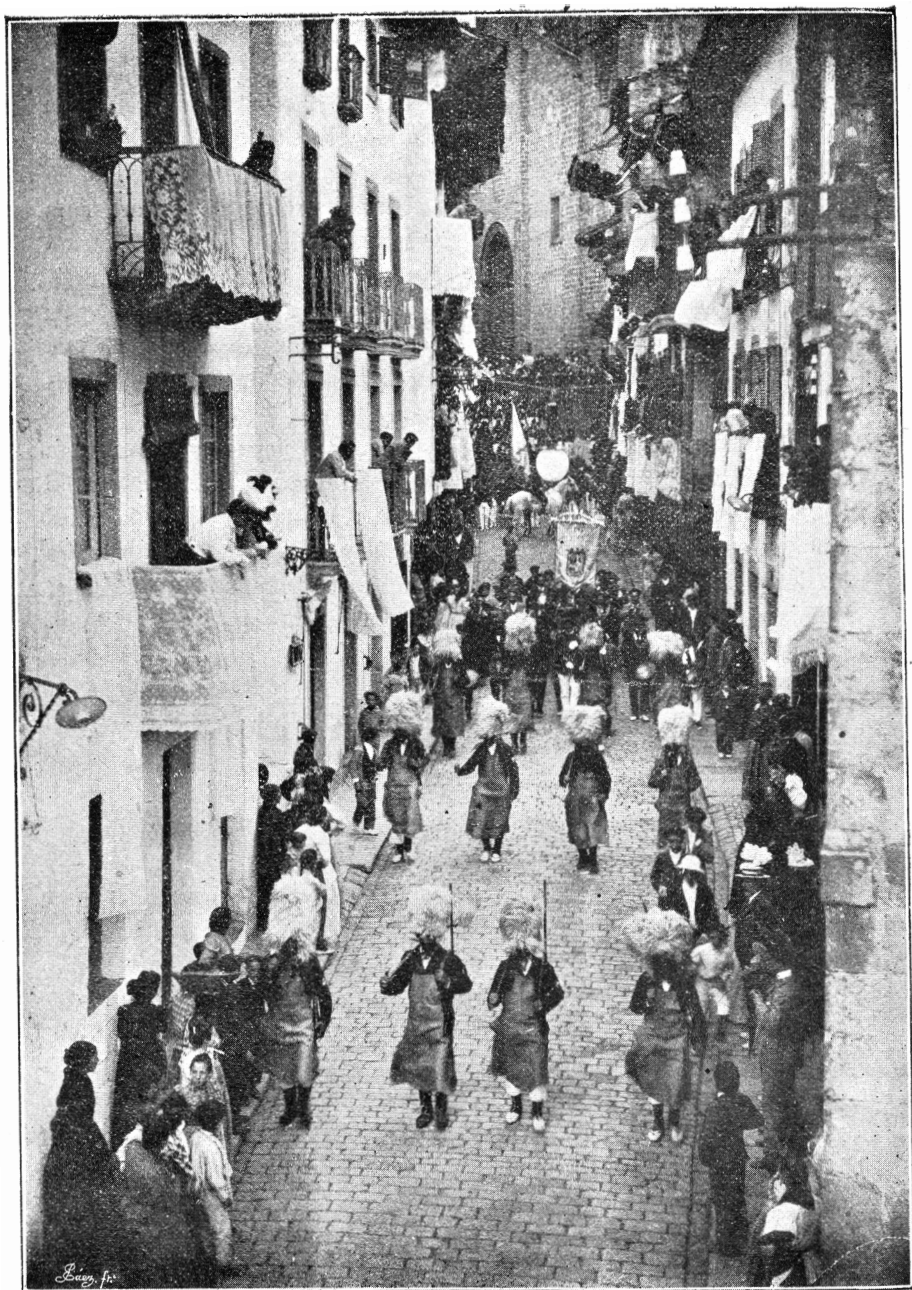




EL «ALARDE» (FUENTERRABIA)

LAS FIESTAS DE SEPTIEMBRE

EN

FUENTERRABÍA



Al Sr. D. Olegario de Laborda, Alcalde de la Muy Noble, Muy Leal, Muy Valerosa y muy Siempre Fiel Ciudad de Fuenterrabía.

Muy señor mío y distinguido amigo: A la enérgica conducta y generoso desprendimiento de D. Diego de Butrón, Alcalde de Fuenterrabía durante el sitio de 1638 y al valor indomable de estos vecinos, se debe en gran parte el que esta plaza no sucumbiera á los valientes ataques del ejército francés, siendo ellos, por lo tanto, la causa principal de que se estableciese para perpetuar aquel hecho glorioso, la función conmemorativa que se describe á continuación. Como sucesor que es usted en la Alcaldía de dicho esclarecido paisano suyo, y digno representante, además, de esta Ciudad, á nadie mejor que á usted podía yo dedicarle este modesto trabajo. Acéptelo, en el sentido indicado, no por lo que vale, sino por el buen deseo que me ha animado al publicar un recuerdo que tanto honra á usted y á sus administrados.

Queda de usted con la mayor consideración, muy atento

S. S. Q. S. M. B.
SERAPIO MÚGICA.

Fuenterrabía, Agosto de 1900.

HISTORIA Y DETALLES DEL ALARDE



Por su situación fronteriza, ha sido Fuenterrabía en todos tiempos, una de las plazas militares de España que más han sufrido en los casos de guerra con Francia, harto frecuentes desgraciadamente. El día 1.^o de Julio de 1638, el ejército francés mandado por el Príncipe de Condé, bajaba animoso las montañas de Hendaya con las banderas desplegadas y gran aparato militar, llenando el espacio con los ecos guerreros de cajas y pífanos, para atravesar el Bidasoa y poner cerco á la plaza de Fuenterrabía. No esperaba España tan atrevida embestida y despertó alarmada al estampido de los cañonazos disparados contra los muros de Fuenterrabía, que no contaba en su recinto más que la mitad de la guarnición que le correspondía y muy escasos medios de defensa. No por eso se encogió el ánimo de estos habitantes, y mientras España se aprestaba á socorrerles, se reunían ellos en la iglesia, parroquial y colocándose ante el altar de la Virgen veneranda de Guadalupe, que, por temor á ser profanada, bajaron de la ermita del Jaizkibel, pusieron de rodillas todas las mujeres y niños y de pie en el centro los hombres de combate, y al primer estampido del cañón enemigo, tendiendo la mano ante la santa imagen, juraron, si les concedía la victoria, guardar todos los años su festividad desde la víspera, con un día de ayuno, y devolverla en procesión á la ermita, su antiguo asilo.

Comenzó la pelea con igual porfía por ambas partes, y pasaban días y meses, sin que la plaza recibiera los auxilios esperados, llegando á ser muy aflictiva su situación. Sitiada por un ejército numeroso con grandes elementos de combate, arruinada la población bajo el peso de las bombas disparadas del campo enemigo, insepultos por las calles los cadáveres de amigos y parientes, derrotada é incendiada la escuadra que venía en su auxilio y deshechas por la tempestad las tropas encar-

gadas de levantar el cerco, parecía que todos los elementos se conjuraban para abatir el soberbio tesón de los defensores de la plaza, pero la guarnición y los valientes hijos de Fuenterrabía, colocados en el punto avanzado de la noble España, para cerrar sus puertas á gente enemiga, comprendían bien la importancia de la defensa á ellos encomendada y se habían decidido á no cejar en su empeño, sino á costa de su vida. Dejándose guiar por este amor santo á su tierra, no había peligro que les arredrase, ni sacrificio que no estuvieran dispuestos á arrostrar, y prescindiendo de toda compasión humana, abandonaron por la lealtad cuanto suele llamar la atención de los hombres, hasta el extremo de no tener más que un solo objetivo, una sola mira: defender á Fuenterrabía hasta morir. Por eso cuando el proyectil enemigo abría un hueco en la muralla, cubríanlo con su pecho, semejante en fortaleza á la secular piedra de allí arrancada; si los golpes del pico ó azadón denunciaban los trabajos de una mina, penetraban serenos en las entrañas de la tierra, buscando al enemigo por el hueco de la contramina; si veían que los víveres escaseaban, disminuían el rancho; si faltaba plomo para hacer balas, daban la plata que tenían en casa. A la contrariedad contestaban con un alarde, á la desgracia con un acto heroico y no había manera de hacerles sucumbir.

El día 7 de Septiembre del mismo año de 1638, el ejército español, mandado por el Almirante y el Marqués de los Velez, hizo su aparición en la cima del monte Jaizkibel. Las tropas francesas tomaron posiciones para cortarle el paso y desde la muralla los sitiados contemplaban los movimientos de ambos ejércitos, con el ansia que es de suponer. Rompióse el fuego en el alto del monte y comenzaron á avanzar nuestros soldados, que fueron pronto detenidos por las tropas sitiadoras en el llano de Guadalupe. Reforzada la vanguardia con gente de refresco, que á pasos doblados acudía en su auxilio, ansiosa de pelear, animóse la lucha, que estuvo indecisa en algún tiempo. Impaciente el jefe con tanta resistencia, picó espuelas al caballo y fué á ponerse al frente de las primeras filas, mandando avanzar á los nuestros, que, levantando una alegre vocería, acometieron con ímpetu extraordinario, saltando por encima de todos los obstáculos puestos á su paso y bajaron por la pendiente arrollándolo todo, como peñascos desprendidos desde lo alto de la montaña, haciendo correr delante á los franceses completamente sobrecogidos y desmayados, hasta meterles en el río Bidasoa, que sesenta y nueve días antes atravesaban llenos

de esperanza. En poco tiempo perecieron ahogados más de 2000 de ellos, ofreciendo un espectáculo horrible, además de otros 1500 que murieron en el monte y 2000 prisioneros que cayeron en poder de los nuestros. En toda esta empresa, perdió el francés 11.000 hombres de tropas escogidas. Al oscuro entraban los nuestros en Fuenterrabía, encaminándose á la parroquia, donde se cantó el *Te-Deum* en acción de gracias, y el entusiasmo, los vivas, las aclamaciones, los abrazos y las lágrimas, que de todo hubo, duraron toda la noche.

A los pocos días, España entera era sabedora de tan fausta noticia, que hizo desbordar de alegría á todos los corazones, especialmente en la corte, donde el pueblo, fuera de sí, recorrió las calles con gran tumulto y no paró hasta penetrar en los más íntimos aposentos del palacio real, para darle al Rey, cara á cara, la enhorabuena por la victoria. Dentro del palacio, como en todas partes, causó la noticia inmenso júbilo, y se regalaron lámparas de plata á las iglesias y se hicieron diferentes manifestaciones en el mismo sentido. Por aquel hecho se dió á esta villa el título de Ciudad.

El 4 de septiembre de 1639, se reunió el Ayuntamiento de Fuenterrabía *para demostrar solemne y lucidamente el agradecimiento que debe la ciudad al milagroso suceso con que mediante la devoción de todo el pueblo á la Santa Virgen de Guadalupe y su intercesión libró nuestro Señor la plaza del riguroso sitio con que el enemigo la tuvo opresa y apretada en los últimos lances de su defensa* y acordó dejar memoria imperecedera de este hecho glorioso, conmemorándolo anualmente con festejos públicos y trazó el programa que dicho año empezó á cumplirse, por los mismos que, habiendo tomado parte activa en la empresa, añadieron á la Historia de España página tan gloriosa. En efecto, se organizó el batallón, formando en sus filas aquellos valientes hijos de Fuenterrabía, que un año antes peleaban en la plaza contra el francés, y el día 8 de Septiembre de 1639, subieron á la ermita de Guadalupe, en cuyos campos se dió la batalla principal, mandados por el Alcalde y Capitán D. Juan de Justiz, que llevaba en su compañía á los capitanes Antonio de Anciondo y Diego de Butrón, aquel famoso Alcalde que, además de mantener firme el espíritu de sus paisanos en casos graves, durante el sitio, ofreció su plata para hacer balas, cuando vió que el plomo se acababa. El Marqués de los Velez y muchos oficiales del ejército de Cantabria acudieron también este primer año á tomar parte en el alarde.

Dirigió la palabra desde la cátedra sagrada el P. Francisco de Isasi en honor y alabanza de la Virgen de Guadalupe.

A pecar de los 261 años transcurridos desde entonces, se cumple aquel programa, casi sin variación alguna en su esencia, y aquella Fuenterrabía que tantas páginas ocupa en los gloriosos fastos de esta monarquía, levanta todavía de entre sus honrosas ruinas, su anciana y venerable cabeza para dar testimonio de su pasada grandeza.

Detallemos tal como hoy se practica.

Día 7 de Septiembre

A las 12 del medio día del día 7, se da la primera señal de la fiesta echando á vuelo todas las campanas de la parroquia y Guadalupe, y tirando una descarga cerrada la compañía del barrio de Arkoll, formada al intento, sobre la ermita de Santa Engracia, á la que contestan los vecinos de la calle y caseríos con tiros y cohetes que salen por tejados y ventanas, causando entre todos un estrépito ensordecedor, que alegra el Animo de los habitantes bien dispuestos á celebrar la fiesta de su patrona con la mayor pompa y solemnidad. A las cuatro y media de la tarde, sale de la Casa Consistorial el tamboril, tocando el conocido *Titi-Biliti* (llamado así, sin duda, porque sus notas parecen imitar dichas voces), tocata musical muy antigua y que viene á ser un paso-doble á tres por cuatro. Va tocando las alboradas en la casa de los señores alcalde, vicario, concejales y algunos particulares, repitiendo siempre el *Titi-Biliti* en el trayecto de una casa á otra. Antes, con el tamboril, salían cuatro alabarderos, vestidos con tricornio, frac, calzón corto de color negro y zapato bajo con hebilla, habiéndose perdido esta costumbre en la guerra civil última, durante la cual y algunos años después, desde 1868 hasta 1881, no se hizo el alarde por razón de las circunstancias, pero el año 1883, con motivo de los Juegos florales celebrados en esta ciudad, salió el tamboril acompañado de los alabarderos, á la usanza antigua, relegándose de nuevo al olvido esta costumbre, que, desde entonces, no se practica. Al retirarse el tamboril, sale la música municipal tocando el mismo pasodoble, y al obscuro se canta en la parroquia una Salve solemne y *Te-Deum*, tirando la compañía del pueblo, colocada en la puerta de la iglesia, una descarga al entonar cada uno de los dos cánticos. En la ermita de Guadalupe se canta á la misma hora otra salve, que el Ayuntamiento

paga cuatro pesetas, y al efecto suben á dicho santuario, además del sacerdote, un concejal ó dos, en representación del Ayuntamiento, acompañados de un alguacil, quienes ordinariamente quedan alojados en la hospedería de la ermita, no solo para estar dispuestos á asistir á la función del día inmediato, sino también, los últimos para hacer guardar el debido orden y compostura entre los muchos concurrentes que acuden á dicha ermita desde los pueblos inmediatos, en especial de Pasajes y Rentería.

Por la noche, siempre se hace algún festejo en la ciudad, en obsequio á los muchos forasteros que acuden de víspera á la fiesta.

Día 8 de Septiembre

Al amanecer de la mañana siguiente, día 8, empiezan los toques de corneta y cohetes, llamando á los soldados que han de hacer el alarde, y poco más tarde sale la música por las calles, despertando alegremente al vecindario con los dulces ecos de una Diana, para que se levante á engalanar los balcones con colgaduras de múltiples colores, que, además de dar aspecto de fiesta á la ciudad, saluden á su paso, movidas suavemente por el viento, á los que van en procesión á rendir el debido tributo á su excelsa patrona, en el santuario elegido por ella sobre el monte Jaizkibel.

Aquellos soldados, que días antes venían practicando ejercicios en las amplias antepuertas de sus caseríos ó á lo largo de la carretera, empiezan á agruparse en la parte exterior del portal de Santa María, á donde se encaminan también, tirando salvas por secciones en el cubo de la Magdalena, punto desde donde se divisa la ermita de Guadalupe, las compañías de la Marina y Akertegi que sirven de escolta al comandante de la fuerza, desde que este vive en el caserío Butrón, y su ayudante, que, según costumbre, va á su casa á buscarle. A las siete y media rompen todos la marcha en correcta formación, subiendo en dos filas por la calle Mayor á la plaza de las Armas, y resulta un espectáculo de mucho aparato y conmovedor para el que conoce la historia del glorioso sitio de 1638, ver á los descendientes de aquellos héroes, que con sus proezas asombraron al mundo, conmemorar hazaña tan grandiosa al cabo de tantos años, conforme al deseo que los propios actores lo consignaron y en la misma forma que ellos lo establecieron. Entran en la plaza por el orden siguiente: Hacheros. Banda

de pitos y tambores. Música de la ciudad. Comandante y su ayudante, montados en briosos caballos, con el corneta de órdenes. Compañía del barrio de Jaizubia, donde entran también los del barrio de las Ventas de Irún, que anualmente asisten. Compañía del barrio de Arkoll. Id. de la Costa. Id. del Pueblo. Id. de Akeitegi. Id. de marineros. Id. de veteranos, y, cerrando la marcha, los dos cañones con sus cureñas, concedidos por S. M. la Reina, en virtud de R. O. de 22 de Mayo de 1889 y su correspondiente dotación de artilleros y ganado. Al llegar á la puerta del Norte, adopta el batallón la formación de columna por compañías, y aprovechando su descanso, examinemos nosotros el uniforme y armamento que llevan. El comandante, antiguamente, iba vestido de negro, con levita y tricornio, pero hoy, aunque lleva levita negra, son encarnados el pantalón y boina. El ayudante también gastaba levita, pero el año pasado se presentó vestido de oficial de caballería. El piquete de hacheros, que se compone de un sargento, un ranchero y diez y seis números, llevan chaqueta negra, pantalón blanco con franja azul, polainas, una especie de morrión grotesco de piel de oveja y delantal de cuero. Van armados de escopetas y llevan además las herramientas de sus oficios, como son sierras, palas, picos y hachas. La banda de pitos y tambores va de pantalón blanco, chaqueta negra y boina encarnada. Al frente de dicha banda va el tambor mayor. Su indumentaria consiste en un morrión de hechura antigua con escarapela, penacho y cordones encarnados; guerrera antigua adornada con sardinetas encarnadas en el pecho y bocamangas, pantalón blanco y alpargatas del mismo color con cintas encarnadas. Si á esto añadimos un bigotazo postizo y un gran bastón con el cual lleva el compás de la banda, se comprenderá que el tambor mayor es una de las figuras más salientes del alarde. Antes, todo el resto del batallón llevaba el mismo uniforme que lleva hoy la banda, excepción hecha de la compañía de la Hermandad de mareantes que llevaba y lleva dicho uniforme con boina azul. Hoy, las compañías adoptan los uniformes á capricho, y así se ve á unas con pantalón blanco y blusa encarnada, otras con pantalón y chaqueta azul, etc. Cada compañía lleva su bandera, y la de Arkoll, que es la segunda, como ya se ha dicho, lleva la de la ciudad, y la de veteranos, que es la última, la de la Cofradía de mareantes. Va también con cada compañía su correspondiente cantinera, ataviada graciosamente con boina encarnada, falda corta de colores vivos con franja ancha en los bordes, cuerpo de panilla,

adornado con galones, y botas amarillas con polainas. Lleva, además, pendiente de fuerte correa, un barrilito de aguardiente colocado á la bandolera, para servir á los soldados una *kušota* en los descansos y un abanico en la diestra, que, abierto, le suministra aire, y, cerrado, da impulso al brazo en las marchas para moverlo marcialmente, ó cae sobre el rostro del soldado que, con pretexto del aguardiente, se acerca demasiado en los *altos*.

Todo el batallón lleva al cuello pañuelos de seda de caprichosos colores.

Formándose las compañías por barrios, se entienden los individuos entre sí para que la indumentaria sea igual, advirtiéndole que estos gastos, así como los de armamento y los de la cantinera, los sufragan individualmente, llevados por su amor á la fiesta. El armamento consiste generalmente en fusiles viejos y escopetas de pistón, aunque también las hay de sistemas modernos. A la cantinera además de vestirla la compañía, la regala anualmente una partida de rosquillas que baja consigo de Guadalupe en forma de banda

Formado en la plaza todo el batallón en el orden anteriormente dicho se procede á repartir 14 cartuchos por individuo, y acto seguido sale la compañía de Arkoll, precedida de la musiquilla de pitos y tambores que la forman ocho individuos y el tambor mayor, para dirigirse al compás de una airosa marcha antigua á la puerta de la iglesia, donde, terciadas las armas, reciben al Síndico del Ayuntamiento con la bandera de la ciudad, que desde el 14 de Agosto, víspera de la patrona de la iglesia, ondea en el coro. Al señalar el corneta con el toque correspondiente, la presencia en la plaza de la bandera, conducida por el Síndico que forma á la cabeza de la compañía, al lado del capitán, el batallón presenta las armas y la música deja oír los acordes de la marcha real, hasta que la compañía entra á ocupar su puesto. Al poco rato, disparan ambos cañones, situados junto al Castillo, y las campanas anuncian con sus lenguas de metal, la formación de la procesión. El batallón, atento á los toques de corneta, rompe la marcha formado en columna de honor, bajando por la calle Mayor hasta las puertas de la iglesia, donde espera ya la procesión con el cabildo Eclesiástico y Municipal. Al llegar frente á la puerta, hace alto la I.^a compañía y á la voz del capitán tira una descarga al aire, procurando que salga con la mayor uniformidad, porque en ello se fija mucho el público, aplaudiendo al que hace mejor. Al tirar la descarga, prosigue la marcha y

las compañías que le suceden, hacen igual, repitiéndose esto mismo frente á la Casa Consistorial. Cuando pasa toda la fuerza, sale la procesión cantando el *Ave Maris Stella* y después de bajar por el portal de Santa María, al divisar la ermita de Guadalupe, tiran nueva salva en la forma dicha y disparan los cañones como salutación á la Virgen, perdiendo en aquel punto el orden anterior, para proseguir en adelante formados de «á dos». Al dejar la carretera de la Marina y subir la explanada que hay en el comienzo de la que conduce á Guadalupe, en el paraje llamado *Iturri-berri*, desde donde se divisa nuevamente la ermita, se tiran nuevas salvas de fusilería y artillería. En todo este trayecto desde la plaza toca la banda de pitos y tambores, y un poco antes de llegar á la ermita de Saindua, empieza la música. En este punto, se tiran nuevas salvas de fusilería y artillería y se deshace la procesión, dejando la bandera de la ciudad dentro de la ermita y disolviendo la fuerza del alarde á discreción. Cinco coches esperan en aquel punto al Cabildo, Ayuntamiento é invitados para subir al alto de Guadalupe. Los soldados y otra mucha gente que concurre de la ciudad y pueblos inmediatos de Irún y Francia, camina á pie en alegre conversación, ocupando todos los caminos y veredas que conducen en zig-zag al Santuario y resulta un espectáculo encantador, contemplar sobre el fondo verde del monte, aquellas líneas de vistosos trajes, que pausadamente suben y suben, como si una fuerza invisible les atrajera desde la cima. Al subir sobre el Jaizkibel, que domina delicioso y fértil valle, regado por el Bidasoa y embellecido por las encantadoras riberas de los diversos canales, que como cintas de plata brillan en el llano, álzase cubierta y arrogante, desafiando las inclemencias del tiempo, la ermita de Nuestra Señora de Guadalupe. Una vez allí, después que el Cabildo y Ayuntamiento, toman en la hospedería un caldo con una copita de jerez para reponer las fuerzas y el público descansa en el campo, sirviéndose un *tente en pié*, se forma de nuevo la procesión en la ermita, y, precedida del batallón, dá la vuelta á la misma, subiendo por los lugares donde se dió la batalla el 7 de Septiembre de 1638 á la planicie donde está la cruz monumental de piedra de 11,83 metros de alto, que se levantó como recuerdo de la misa celebrada en aquel lugar el 15 de Octubre de 1876, al subir la Virgen, que, con motivo de la guerra civil, se bajó antes á la parroquia. La tropa ocupa la extremidad de aquél círculo y los cabildos Eclesiástico y Municipal el centro. Se tira una descarga general de fusilería y arti-

llería, bajando acto seguido á la ermita, donde se celebra Misa diacónada con asistencia del Ayuntamiento y se predica un sermón en Basconce, en alabanza de la Virgen. Mientras tanto al batallón se le raciona por cuenta del Ayuntamiento con un litro de vino y 250 gramos de pan y al concluir con este modesto rancho, vuelve á formarse para tirar al tiempo del alzar una descarga general. Al concluir la Misa, mucha gente baja á sus casas, porque en ellas esperan los convidados que han venido á pasar la fiesta y otros dejan de subir por el mismo motivo, siendo ellos la causa de que la procesión no resulte más concurrida y lucida.

El comedor principal de la hospedería, lo ocupan este día el Cabildo, Ayuntamiento é invitados, que, generalmente, suelen ser el Jefe y Ayudante del batallón, el Organista, Jefe de la Guardia civil del Distrito, id. de Miqueletes y algunos particulares más, siendo los gastos de la comida por cuenta del Ayuntamiento. Los demás departamentos de la casa se llenan también, pero la mayor parte del público prefiere comer al aire libre, sentado en los herbales que rodean la ermita, eligiendo por sí mismo en las cocinas ambulantes que se instalan detrás del Santuario, los manjares más apetecibles. Después de comer, se hace nueva procesión en acción de gracias, saliendo por una puerta de la ermita y entrando por la otra y se baja á la ermita de Saindua, en la misma forma que á la subida, y aquellos soldados que después de las descargas del alzar bajaron á comer á sus casas, suben de nuevo á Saindua á incorporarse al batallón. Se recoge la bandera, que á la subida se depositó en dicha ermita y se organiza la procesión, que, acto seguido, se encamina á la Ciudad, bajando por delante el batallón á los acordes de una airosa marcha de la banda de pitos y tambores, tirando salvas en los mismos puntos que se designaron á la subida. Un inmenso público de naturales y forasteros, extendidos á lo largo de la carretera y en lo alto de las murallas, contempla el regreso de la fuerza armada, trayendo á la mente aquella otra tarde del día 7 de Septiembre de 1638 en que las tropas Españolas al acercarse triunfantes á la Ciudad invencible, después de rechazar á los Franceses de nuestro territorio, eran saludadas y vitoreadas con loca algazara por todo el pueblo agrupado sobre los derruidos muros y esperadas con lágrimas de entusiasmo en los ojos y una gratitud inmensa en el corazón, para abrazarles y compartir con ellas sus alegrías y consuelos, como compartieron antes las privaciones y penas. ¡Benditos mil veces, los pueblos

que tienen en su historia página tan gloriosa como ésta, en la cual solo se trata de defender con valor indomable la propia cuna y loados los hijos que así conservan y divulgan el amor á la independencia de sus antepasados!

Al llegar al portal de Santa María, el Preste entona el *Te-Deum* y el batallón repite las salvas en dicho punto, frente á la Casa Consistorial y parroquia, donde queda la procesión, continuando adelante la fuerza armada á dar la vuelta al rededor de la plaza de Armas y dejar allí la artillería, para bajar de nuevo á la calle Mayor, donde quedan formados en dos filas, mirando los unos á los otros, con la cabeza frente á la Casa Concejil. La banda de pitos y tambores, la música la escuadra de hacheros y la compañía de Arkoll con la bandera de la ciudad que lleva el Síndico, esperan en la puerta de la iglesia á que concluya el *Te-Deum*. Acabado éste y despojados los sacerdotes de los ornamentos sagrados, salen del templo el cabildo Eclesiástico y Municipal y se encaminan á la Casa Consistorial, escoltados por las fuerzas dichas, que al compás del *Titi-Biliti* rompen la marcha, pasando por entre filas del batallón, que, como ya se ha dicho, se halla formado en dos filas á lo largo de la calle. Al llegar á los arcos de la Casa Consistorial, forma dicha escolta para dar paso á las autoridades citadas y á la bandera, entonando la música la marcha real. Los hacheros y compañía de Arkoll ocupan sus puertas y la bandera ondea en el balcón de la Casa Consistorial. El comandante conduce el batallón en dos filas hasta el portal de Santa María y vuelve de nuevo para arriba, quedando en línea desplegada con el centro al frente. Dá la voz el comandante de *carguen, armas* y al poco rato la de *tercien armas*. En este momento el jefe de la fuerza levanta la espada, y mirando á la bandera en medio de un silencio general, arenga á sus soldados en la forma siguiente: *La Muy Noble, Muy Leal, Muy Valerosa y Muy Siempre Fiel Ciudad de Fuenterrabía*, y las fuerzas contestan *viva*. Todo el batallón tira una descarga cerrada, como saludo á la bandera, contestando los cañones que han quedado en la «Plaza de Armas».

Antiguamente se quemaba la bandera francesa á tiros en este punto, cuya costumbre vale más que se haya abolido, porque no debe ser el objeto de esta fiesta degradar á nadie, sino ensalzar y perpetuar los propios méritos.

Acto seguido el batallón de á dos por el flanco derecho, sube con la música á la plaza donde forman. Colocado el comandante frente á la

calle de San Nicolás, desde donde se divisa la ermita de Guadalupe, manda terciar las armas y en voz alta dice: ¡Viva Nuestra Señora la Virgen de Guadalupe!, y las fuerzas, y con ellas el público, contestan: ¡viva! Tiran nueva descarga general, disparan los cañones, y al toque de *fagina* el batallón *rompe filas*, dando por concluido el acto y se disuelve la fuerza, que en grupos se encamina á sus barrios respectivos, tirando tiros en todas direcciones, resultando de todo ello una fiesta de pólvora, que conmemora perfectamente el hecho histórico que se trata de representar.

El Ayuntamiento paga 20 pesetas al comandante y 5 al corneta; hacheros y artilleros 2,50 pesetas uno; tambor mayor y banda de pitos y tambores, 5 pesetas á cada uno. Paga también los caballos y la pólvora.

Además el Ayuntamiento les da billetes de entrada para los toros al comandante, su ayudante, capitanes sargento y ranchero de hacheros, tambor mayor, y á las Cantineras.

Día 9 de Septiembre

Minutos antes de las diez de la mañana se reúnen en la Casa Consistorial, el Ayuntamiento, la mujer, hija, hermana ó allegada de cada concejal y varios invitados, que son las autoridades, hermandad de mareantes y personas particulares de la vecindad ó colonia veraniega. La música y la «Compañía del Pueblo» como llaman aquí á causa de estar formada con elementos del casco de la Ciudad, esperan en los soportales de la Casa Consistorial á que bajen las autoridades y al dar las diez, se ponen todos en marcha por el orden siguiente: Compañía, Música, Invitados, Ayuntamiento, Señoras de duelo con la cabeza cubierta con manto de seda y, dos mujeres cerrando la comitiva con dos cestas de pan en la cabeza destinadas á la ofrenda. Al llegar á la puerta de la iglesia, se coloca la Compañía en dos filas para dar paso á la comitiva y después que se acaba el nocturno, que empieza á cantarse á las nueve y media, celébrase la Misa de *Requiem* en el altar del hermoso túmulo que se levanta en el Presbiterio en memoria de los que fallecieron en 1638. Al empezar la Misa y al alzar, la citada fuerza, tira dos salvas en la puerta y concluida aquella, un orador de nota pronuncia la oración fúnebre en lengua Castellana. Después del sermón, se sacan tres resposos en las tres naves de la iglesia, siguiendo en este

acto el Ayuntamiento al Clero, con lo cual se dá por terminada la función, y, acto seguido, pasa el señor Alcalde á la sacristía á invitar al Cabildo y predicador al refresco, dispuesto ya en la Casa Consistorial, marchando todos por el orden siguiente: Compañía, Música, Ayuntamiento con el Cabildo, Invitados y detrás las Señoras, advirtiéndole que al ir á la iglesia van el Secretario y un Concejal en primera línea y el Alcalde en la última y al regreso, siguen el orden contrario, lo mismo que las Señoras que las representan. Llegados frente á la Casa Consistorial, la Compañía se forma en la calle para dar paso á la comitiva y el Ayuntamiento se coloca en dos filas dentro de los soportales, frente á la puerta de entrada, para dejar que pasen, primero el Clero, luego los invitados y en tercer lugar las Señoras para seguir, en último término, los Ediles, cerrando la marcha. Una vez en el salón, se reza un responso por el señor Vicario y suena en la calle la descarga final con que se despide la «Compañía del Pueblo» oficialmente, para marcharse por las casas de las autoridades y particulares repitiendo aquellas, á cambio de las gratificaciones que le dan.

En dicho salón, está dispuesto un abundante y selecto refresco con toda clase de pastas, frutas y vinos, de todo lo cual se hace verdadero derroche.

Esta función fúnebre, cuando el día 9 cae en domingo, se hace el día 10.

A la noche se queman en la «Plaza de Armas», vistosos fuegos artificiales dando por terminadas las fiestas.

